

Palabras del Dr. Ramiro Vélez Ochoa al recibir el Premio Vida y Obra al Servicio de la Psiquiatría en Colombia, otorgado por la *Revista Colombiana de Psiquiatría*

Doctora Beatriz Helena Caamaño León, presidenta de la Asociación Colombiana de Psiquiatría; doctor Carlos Palacio Acosta, director-editor de la *Revista Colombiana de Psiquiatría*; miembros del Comité Editorial; dignatarios de la mesa principal; Marina, mi esposa; María José, mi hija; colegas, amigos, señoras y señores:

Hoy es un día especial, tal vez el más gratificante de mi vida como psiquiatra, pletórico de complacencia y legítimo orgullo, por recibir el Premio Vida y Obra al Servicio de la Psiquiatría en Colombia, concedido por la *Revista Colombiana de Psiquiatría*, órgano de difusión de la Asociación Colombiana de Psiquiatría.

Acepto tan honrosa designación y sé agradecer de corazón a quienes me postularon para tan inmenso honor; lo recibo con humildad, pero a la vez con regocijo íntimo. Mi reconocimiento especial para mi gran amigo y colega el doctor Ricardo José Toro, quien fue magnánimo y generoso hasta sobrepasar los límites en la presentación que hizo de mí, esta noche, con su proverbial elegancia, no exenta de pinceladas de buen humor. Nuevamente, gracias, Ricardo José.

Permítanme contar que hace 50 años vine a esta bella y amable ciudad de Cali, para asistir al II Congreso Nacional de Psiquiatría y aún conservo, después de medio siglo, en mi retina y en mi corazón, el recuerdo de las múltiples y galanas amabilidades recibidas, lo mismo que el punto tan alto de los niveles científicos de dicha reunión... No podía en aquel entonces imaginar que hoy volvería a este paraíso vallecaucano y nada menos que para recibir el magnífico galardón que se me concede.

Ahora quiero hacer un sucinto relato del porqué soy psiquiatra, dónde y cómo nació esta vocación. Coursaba el bachillerato en el Liceo de la Universidad de Antioquia cuando uno de mis maestros —maestro, título que lamentablemente ha ido desapareciendo, pero que honra a aquellas personas que no solamente transmiten conocimientos, sino que contribuyen a la formación integral de sus alumnos— nos hablaba de un médico psiquiatra, austríaco, de nombre Sigmund Freud, de su teoría del sub-

consciente, de los actos fallidos, de la interpretación de los sueños. Por extraña atracción, el tema me fascinó y quise ahondar en él en un futuro. Supe, poco a poco, que mi orientación vocacional también se dirigía hacia la medicina, condición indispensable para aproximarme a las disciplinas de la mente humana.

Estudí medicina en la Universidad Pontificia Javeriana de Bogotá. Cuando cursé la asignación de psiquiatría, tuve la suerte de encontrar insignes profesores, entre ellos a los doctores Alfonso Martínez Rueda y Andrés Didier, quienes revivieron y fortalecieron la semilla de mi orientación definitiva, para buscar, por todos los medios a mi alcance, ser psiquiatra. Al terminar mi carrera de pregrado en Medicina, hice el internado rotatorio en el Hospital San Vicente de Paúl de Medellín, que incluía un paso por el Servicio de Psiquiatría. Era opcional para los internos cursar los últimos tres meses en la sección hospitalaria que cada uno eligiera y, desde luego, yo pude hacerlo en Psiquiatría.

Por esos días se gestó la idea de crear una residencia en psiquiatría (especialización) en la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia, que no existía oficialmente en ninguna otra parte del país; era la cátedra del profesor Pablo Pérez Upegüi. Aceptaron mi nombre y pasé sin solución de continuidad del internado a la residencia. Por cierto, fue patrocinada por la Fundación Kellogg.

Luego vino el posgrado en la Universidad de Barcelona, cátedra del profesor Ramón Sarró, donde bebí la orientación psiquiátrica europea. Al regreso a Colombia me vinculé a la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia, en Psiquiatría, como docente. Simultáneamente ingresé como especialista al Instituto Colombiano de Seguro Social (ICSS), donde trabajé más de 25 años, hasta obtener mi jubilación.

Ejercí la práctica médica con responsabilidad y sumo respeto por los pacientes, para los que tengo agradecimiento eterno, porque fueron ellos quienes me enseñaron aquella medicina muy importante, que no se aprende en los libros, sino con el contacto humano.

Una de las metas que me propuse en la vida fue formar un hogar y gracias a Dios lo logré, con creces. Ya el doctor Toro ha hecho un recuento de mi familia, simplemente agrego: he sido feliz y son mi fuente de inspiración y soporte emocional. Compartir con ellos este premio es justicia y supone placer y profundo afecto.

Estoy envejeciendo, lo acepto sin dolor... Alguien decía que estas ceremonias tienen un cierto sabor de despedida. Recuerdo las palabras del padre jesuita Alfonso Llano, cuando escribe que en la vejez a uno le pasa como cuando va en un avión y, de pronto, se oye la voz del piloto que dice: "Prepárense, empezamos a descender" o como también afirma Teilhard de Chardin: "La experiencia

más dura de la vida: irse ocultando lentamente como el sol”.

Gracias de nuevo al Dr. Carlos Palacio, lo mismo que al Comité de la *Revista*, por este inmenso honor.

Me disculpo porque la misma fuerza de la emoción de que soy presa en este momento me hace un poco confuso, además de que siempre he dicho que mis musas son avaras; pero, eso sí, este galardón

me enaltecerá en el presente y en el futuro que Dios me depare.

Mis deseos y votos para que la *Revista Colombiana de Psiquiatría* y la Asociación Colombiana de Psiquiatría continúen el viaje hacia un futuro de perenne progreso y éxito.

Gracias, gracias, gracias.

Buenas noches.

Cali, 11 de octubre de 2012